

Coordinación: Luis Ventoso | Marta Otero

AZAR NAFISI

ESCRITORA IRANÍ RESIDENTE EN ESTADOS UNIDOS, AUTORA DE «LEER LOLITA EN TEHERÁN»

«PARA LOS AYATOLÁS ES PELIGROSO DESDE EL RAP HASTA MAX WEBER»

Azar Nafisi (Teherán, 1947) vuelve con sus memorias más íntimas, *Cosas que he callado* (Duomo), una estremecedora indagación personal que, por extensión, ayuda a comprender la evolución de Irán. Su padre fue alcalde de Teherán, pero pasó cuatro años en la cárcel por discrepancias con el régimen del sha; y su madre, una de las primeras parlamentarias del país. En 1981 Nafisi fue expulsada de la universidad por negarse a llevar el velo y durante los dos años siguientes fundó un aula clandestina en su casa, donde se reunía con siete alumnas para leer y comentar obras occidentales prohibidas. De esa experiencia surgió *Leer Lolita en Teherán*, que estuvo cien semanas en la lista de libros más vendidos de *The New York Times*. Abandonó su país en 1997 y desde entonces reside en EE.UU. Azar, que significa 'fuego' en persa, es un símbolo de la resistencia de las iraníes a los ayatolás.

—¿Ahora se puede leer la «Lolita» de Nabokov en Teherán?

—Está prohibida, pero el pueblo iraní es un pueblo de recursos y hacen lo que hacía yo cuando estaba en Irán, se llevan los libros a casa y los fotocopian y también los descargan por Internet.

—Hay un opositor que va a ser juzgado por leer a Max Weber.

—Sí. Se publicó en *The Chronicle Of Higher Education* que un reformista iraní está acusado de fomentar una «revolución de terciopelo» para derrocar al Gobierno por leer a Max Weber.

—Eso al menos significa que los ayatolás saben quién es Weber.

—A los los ayatolás les interesa mucho lo que lee la gente. Cualquiera cosa que interesa a los iraníes se convierte en peligrosa para ellos, desde el rap a Max Weber.

—¿Qué se ha callado?

—He tenido que escribir este libro para descubrirlo. Cuando una escribe se obsesiona y en el proceso de la escritura siempre se descubren los silencios.

—En el libro indaga en su complicada relación con su padres.

—Los dos tenían personalidades muy fuertes, cada uno a su manera. Mi madre era una figura muy imponente y quería conformarme según lo que ella había querido ser y nunca había logrado, que fuese perfecta en todo y una mujer independiente. También me conformó



BENITO ORDÓÑEZ

«Leer Lolita en Teherán» estuvo cien semanas en la lista de más vendidos de «The New York Times»

con su desaprobación. Mi padre me transmitió mi amor a la literatura, tuvimos una relación muy próxima y mi madre sintió que la dejábamos de lado. De niña, la relación entre ellos era difícil, tenía que mediar continuamente y hacer de madre.

—¿Cómo fue posible que Irán, el primer país de la región que hizo una revolución pluralista y secular, se haya convertido en una dictadura teocrática?

—La misma pregunta se hizo de Alemania, cómo el país de Goethe pudo engendrar también a Hitler. De ahí la importancia de la literatura, que es siempre un acto de resistencia, subversivo. Si permanece fiel a su principal vocación, que es decir la verdad, se vuelve peligrosa. Lo que llevó a Irán a la revolución islámica es lo mismo que condujo a los rusos al estalinismo y a Europa al fascismo, el conformismo y la ceguera.

—Pero muchos iraníes apoyaron a Jomeini a sabiendas de que no era un demócrata.

—Yo no le apoyé, mi error es que me oponía a la opresión del sha, pero la opresión no se combate con opresión, con una ideología que es peor todavía. La izquierda, los seculares, los nacionalistas, pensaron que podían llegar a un pacto fáustico con el demonio,

pero al demonio nunca se va.

—¿Cuál es su opinión sobre el uso del velo?

—Mientras no haya una sociedad libre donde las mujeres no se sientan amenazadas y sean libres no lo podemos saber. La naturaleza del sistema totalitario no te permite saber lo que quieres. En Occidente no hay un debate auténtico. El problema del velo es que se ha convertido en un símbolo y cuando esto sucede ya nadie puede hablar de ello.

—¿Es más difícil deponer a los ayatolás que al sha?

—Sí, en primer lugar porque el Gobierno de Ahmanideyad tiene miedo y utiliza mucha violencia. El sha imponía límites al uso de la violencia, los ayatolás no. El régimen se siente amenazado no solo por la sociedad, sino por el propio régimen, hay continuas deserciones. Tengo esperanza en que Irán sea un modelo porque no pedimos el derrocamiento violento del régimen, sino un cambio democrático desde dentro.

—¿Una revuelta pacífica puede derrotar a un régimen?

—Lo que está sucediendo se parece a la primavera de Praga, parecía que los tanques soviéticos habían hecho su trabajo, pero no. Cuanta más gente entienda lo que es la democracia, mejor será la transi-

ción. Yo prefiero una transición a la checa que a la rumana.

—Pero, insisto, ¿puede triunfar ante un régimen que controla los mecanismos de la violencia?

—En estos momentos solo controlan el ejército. Hay deserciones a todos los niveles. Hace poco mataron al sobrino de Musavi, hijo de un funcionario muy importante. Están sufriendo la brutalidad del sistema en sus propias carnes.

—¿Los iraníes quieren ampliar sus derechos individuales o una verdadera democracia?

—Al principio los lemas eran contra las elecciones y poco a poco evolucionaron en muerte al dictador, libertad y muerte a China y Rusia. La gente coreaba muerte a nada porque no hay que desear la muerte de nadie, sino pedir libertades. La sociedad se va dando cuenta de que la liberación individual no se puede lograr sin una democracia secular.

—¿Cómo debe Occidente tratar con Irán?

—Debe apoyar a las fuerzas democráticas, y no me refiero a una intervención militar, que no ayudaría al pueblo iraní, sino al menos a condenar en la ONU la violencia del régimen. Recuerde Sudáfrica, cuando la comunidad internacional presiona, se puede conseguir mucho.

TEXTO
Enrique
Clemente